

*La identidad*

Uxío da Vila





Este libro esta dedicado a Tem et everci se ma inctur reptus volendus aut uta cus ipsandi picilis.

## Zum Sehen geboren / Nacido para mirar

Diego S. Garrocho Salcedo

Lo dijo Nietzsche y así se lee en *Más allá del bien y del mal*: “todo lo profundo ama la máscara”. El enunciado parecería restringir el alcance de otro aforismo mucho más antiguo y rotundo y que habría formulado el que, dicen, era el más oscuro de todos los filósofos. Fue Heráclito de Éfeso quien resolvió vincular en una aparente contradicción el ocultamiento y la naturaleza en su célebre sentencia: φύσις κρύπτεσθαι φιλεί, o lo que es lo mismo, “la naturaleza ama ocultarse”. Esta conexión entre la realidad y lo secreto condensa una intuición en la que la contradicción, como tantas veces, vuelve a operar como un mecanismo tan lúcido como significativo. Si la filosofía nació en el instante en que se distinguió entre el *ser* y el *aparecer*, aquello que se esconde sería, por definición, aquello que más dista de la estricta apariencia. Lo secreto y lo velado se postularon así como verdaderos paradigmas de lo real toda vez que no hay nada más distante de aquello que aparece que lo que conscientemente se oculta. La verdadera realidad se desvela en el régimen de aquello que no es inmediatamente visible: por eso el verdadero sabio, como el viejo vidente Tiresias, es ciego; por eso de su Dios los cristianos dijeron que veía en lo secreto. Un *Deus absconditus* que ve lo que no se ve allí donde no se ve.

La conexión entre el ocultamiento y el ser no parece ser exclusiva de nuestra identidad personal y, sin embargo, máscara y humanidad parecen exhibir una ligazón especialmente íntima. Sin salir de Grecia podríamos recordar que la palabra *πρόσωπον*, de donde derivaría por vía latina nuestra actual “persona”, servía indistintamente para designar el rostro o la máscara reservada para el uso ritual y teatral, si es que cabe la diferencia. Literalmente aquella palabra nos recuerda que tanto el rostro como la máscara (la cara y la careta) son aquello que se exhibe ante la vista de los otros evidenciando que el ocultamiento es una condición, quizá la más íntima, de todo cuanto es visible. Por ello la desposesión del rostro estaba reservada para los esclavos, quienes eran descritos como *ἀπρόσωποι*, como aquellos que no tienen cara. La finura de los juristas latinos elevaría esta intuición a la condición de máxima: *servus non habet personam*, es decir, el esclavo no tiene persona.

Aquello que somos depende, en alguna medida, de aquello que son los que son como nosotros. Muchas, demasiadas diremos, son las maneras con las que se ha tratado de cifrar algo así como la esencia de lo humano. Del animal político de Aristóteles hasta el *animal rationale* de Séneca hemos insistido en describir nuestra condición a partir de destrezas marginales cuando quizá sea nuestra querencia por la ocultación lo que mejor nos defina. Pero cuidado, decir ocultación no habrá de ser, o no siempre, o no al menos necesariamente, decir mentira. Existe naturalmente un compromiso con la ocultación falaz en aquel que miente e impone una falsa apariencia sobre el ya de por sí ambiguo aparecer. Pero existe otra forma de velar lo real que hace posible el desocultamiento y que habrá de alumbrar alguna forma de verdad. Puede que incluso sea la única. Así, por más que podamos describirnos como un animal capaz de mentir con mayor benevolencia podremos decir que el hombre es el animal capaz de sentir pudor y de ocultarse. De nuevo, las dos fuentes principales del occidente cultural, la hebrea y la griega, convendrán en el mismo tópico. Adán y Eva se descubrieron desnudos al abrir sus ojos para inmediatamente cubrirse con dos hojas de higuera; con casi idéntico gesto se narra en el Canto VI de la *Odisea* el pudor de un Ulises desnudo quien, en presencia de las compañeras de Nausícaa, arrancó de la selva un retallo para cubrir sus vergüenzas viriles.

El régimen que distingue entre lo visible y lo invisible adquiere una importancia tan capital que prácticamente todas las religiones le han concedido una significación específica al velo. De hecho la noción de revelación resulta consustancial a toda forma de conocimiento más o menos trascendente. Los 70 000 velos de luz y tinieblas que distancian a los hombres del Dios del Islam o aquel otro gran velo que separaba el lugar santísimo del Templo de Jerusalén muestran que la velación se ha impuesto como un rito que oculta o administra la visión de aquello que puede ser contemplado. Es más, la transparencia del velo suele identificarse no con su propia constitución material translúcida ni con el dócil ni el amable gesto de su cuidadosa retirada. Lo que le es estrictamente propio al velo es su posibilidad de rotura o desgarradura, una noción que a Derrida le sería especialmente cara por cuanto la *déchirure* (rotura, desgarradura) es la condición específica de la costura. La propia noción de “velar” en lengua castellana nos devuelve una colección de significados que en alguna forma parecen retener algunas de las intuiciones que aquí se expresan. La vela, la velada, la veladura, la velación... son todos nombres que nos remiten a un verbo, *velar*, que puede signar una vigilancia nocturna, la custodia de un enfermo o la imposición de un velo. La ambigüedad del término es del todo exacta, *velar* significa cubrir y ocultar pero significa, asimismo, observar o vigilar. Tal vez por ello sólo cuando nos desvelamos salimos del sueño.

La ocultación, dijimos, no es sinónimo del engaño sino que, si Heráclito está en lo cierto, es la condición específica de todo cuanto existe. Es más, distinguimos que la custodia del secreto es exactamente aquello que más nos distingue por cuanto el humano es el animal que tiende a cubrirse. Después de todo, cabría la

posibilidad de que como advirtiera un Borges muy próximo a Nietzsche, “detrás de las caras no haya algo así como un yo verdadero”. Sin embargo la propia noción de *id-entidad* en cualquier lengua latina parece apelar en su enunciación a la existencia de algo así como una *entidad*, un asidero estable e inmutable en el que reconocer la robustez de lo idéntico. En griego lo llamaron *ταυτότης* y Aristóteles en su *Metafísica* describió aquella identidad como una “cierta unidad (*ἐνότης*) en el ser”.

Qué es aquello que sostiene nuestra pluralidad de *yoes* y que reúne la inconexa variedad de nuestros gestos, de nuestros miedos y nuestros afectos? No citaremos a Rimbaud, ¿pero cuántos soy? Tantos como puedan darse en la cronología de una vida y tantos como puedan hacerse presentes (re-presentarse) en cada acto. No hará falta abandonarse a la condición fictiva o teatral del mundo para comprender la pulsión dramática de cualquier vida. Aquello que definía al hombre griego era su *ἦθος*, término que con cierto rigor podría traducirse como “carácter”. Y el carácter, *character*, es siempre y prioritariamente un personaje.

La tentación más obvia nos llevaría a vincular la identidad que somos con un ejercicio de memoria. A fin de cuentas parece claro que no somos más que una colección de imágenes y de recuerdos. La elaboración, la retención y la custodia de un relato del pasado aspira a devolvernos una conciliación entre todos aquellos que fuimos. El niño, el adulto y el anciano convergen en la rememoración de aquel que puede trazar una continuidad en el cambio. Somos, esencialmente, la narración de aquello que fuimos. Quizá por ello en lengua alemana el término esencia (*Wesen*) aparece en el participio pasado del verbo ser (*Gewesen*). El ser que somos se relaciona con los seres que fuimos; tal es el mismo ser-sido que vemos, por cierto, en cualquier fotografía pues la imagen, toda imagen, es siempre una muestra revelada de un ser ya sido.

El vínculo entre el velo y la memoria habrá de devolvernos otra vez más a algunas fuentes clásicas. Líneas atrás destacamos cómo la membrana que vela es, en sí misma, aquella que custodia la transparencia y que administra la comparecencia de lo visible. Velar es guardar, de nuevo, en su doble acepción. Y guardar y velar es, con sumo celo, por cierto, lo que hace la memoria. Puede que no sea casual el modo con el que los griegos concibieron la verdad, una verdad opuesta a la apariencia que denominaron *ἀλήθεια*. Muchos siglos después Martin Heidegger interpretaría el alfa privativa con la que se inicia la palabra como la negación del ocultamiento, como un des-velamiento, como un hacer visible aquello que está escondido. Más bella habrá de ser la etimología platónica en la que la verdad se describe, justamente, como una forma de no-olvido. El velo por excelencia es el velo del olvido por lo que la verdad que nombra la *ἀλήθεια* es un no (*ἀ*) olvido (*λήθεια*). En efecto, el río *Léthe* que parece resonar en esta palabra es el río descrito como el río del olvido del que habrían de beber los muertos para bajar al inframundo.

Ser mortal es, precisamente, estar condenado al olvido por lo que nuestra condición finita es aquello que nunca debería olvidarse. Dicen que tal era el susurro con el que advertían a los emperadores poseídos por la soberbia: *memento mori*, recuerda que eres mortal, recuerda que algún día serás olvidado.

Si de advertencias memorables se trata habremos de recordar aquella que figuraba en el pronaos del templo de Apolo en Delfos y que habrá marcado el modo en el que todavía hoy nos pensamos: *γνώθι σεαυτόν*, “conócete a ti mismo”. Aquel imperativo precisaba una urgencia por comenzar a conocerse a sí, en un ejercicio en el que el recuerdo volvería a jugar un papel central no sólo para conocer el *sí mismo* que somos, sino incluso para construirlo. Si conocer es recordar, como gustaba defender Platón, el conocimiento de sí vendría habilitado por el propio ejercicio de la memoria. Recuérdate, recuerda lo que fuiste y custódialo quizá tras un velo imperfecto en el que a veces habrá de trasparecer también aquello que no querría ser visible. Recuérdate también gracias a los otros y en los otros, ya que hasta los poderosos héroes mitológicos supieron ejercer una mínima humildad. Sólo habremos de sobrevivirnos en el otro y gracias al otro y hasta Aquiles sabía que sus gestas sólo podrán ser recordadas por el testimonio de aquellos que las contemplaron. Es la mirada del otro y su eventual recuerdo lo que nos impondrá una deuda identitaria imposible de resolver.

Otro texto antiguo nos habló de una extraña economía en la que la pérdida y la ganancia invertían sus dominios. El que quiera ganar su vida la perderá, el que la pierda, la ganará. Cuestión de palabras, al fin, y es que quizá, después de todo, memoria e identidad no sean más que una cuestión de palabras. La palabra es aquello que por definición se custodia hasta que decide darse. Es así que se revelan los secretos. No se tratará meramente de dar *una* palabra, ni tan siquiera de dar *la* palabra, sino de dar *tu* palabra, pues acaso la promesa sea lo único que verdaderamente nos instruye. De nuevo lo recordaría Nietzsche: el hombre es el animal al que le es lícito hacer promesas, y de romperlas, apostillaría un crítico. Por ello es forzoso que no haya peor olvido que el que se ejerce sobre una promesa. Un hombre sabio dijo que somos mortales porque somos capaces de romper promesas, porque somos incapaces de mantener nuestra palabra. De ahí también que no haya ninguna rotundidad identitaria semejante a aquella que se lee en el Éxodo: “soy el que soy”. Según advierten los que saben, esta cita original hebrea podría leerse como un “soy el que allí estará”, te prometo que siendo lo que soy, en la medida en que lo he sido, también allí estaré.

Las palabras antiguas y sabias siempre se parecen entre sí aunque se parezcan demasiado poco a nosotros. “Lo que ha sido, lo que es y lo que será”. Tal era el conocimiento que la Diosa Isis decía albergar, una sabiduría egipcia que fascinó a los griegos a través de Plutarco y que tanto tiempo después alcanzaría a conmover a Kant o a Schiller.

Aquella Diosa, dicen, se representaba siempre con el rostro cubierto por un velo. Frente a la imagen de una verdad desnuda que se muestra impúdica al salir del pozo, persiste esta otra tradición que insiste en reservar y preservar aquello que puede ser conocido. Después de todo, sólo se ocultan las vergüenzas y los verdaderos tesoros, componentes necesarios, es probable, de cualquier identidad. Esa diosa velada insistía en custodiar sólo para los iniciados aquello que, como toda verdad, debe ser administrado. Precisamente la identidad no es más que una construcción cultural y recordemos, al efecto, las palabras de Franz Werfel: la cultura comienza cuando se tiene algo que esconder. Nada esconde mejor que una imagen puesto que aquello que se da en imagen no muestra sino que protege y oculta aquello que no quiere darse en una franca desnudez. De ahí, también, que toda revelación se suspenda en la ambigüedad del prefijo *re*: así revela el que retira el velo, pero también quien vuelve a velar el secreto. Un secreto que es siempre el mismo, y que quizá sea aquel que descansaba detrás del velo de Isis. De cuantas narraciones se han construido en torno a la imagen velada de la Diosa (Isis-Neith-Atenea) muchas acaban con la muerte de aquel que osa retirar el paño que cubre del rostro de la deidad. No ocurre así con uno de los finales que bosquejó y desterró Novalis para su novela *Los discípulos en Sais*. En aquel final, el joven curioso que se atrevió a descorrer el velo de Isis sobrevivió. Y es probable que aquel joven, como el verso de Goethe que da nombre a este texto, hubiera nacido para mirar. Lo sorprendente fue aquello que alcanzó a ver tras el paño que cubría el rostro de la Diosa... Prodigio de prodigios, *Wunder des Wunders*, dicen que sólo se vio a sí mismo.

























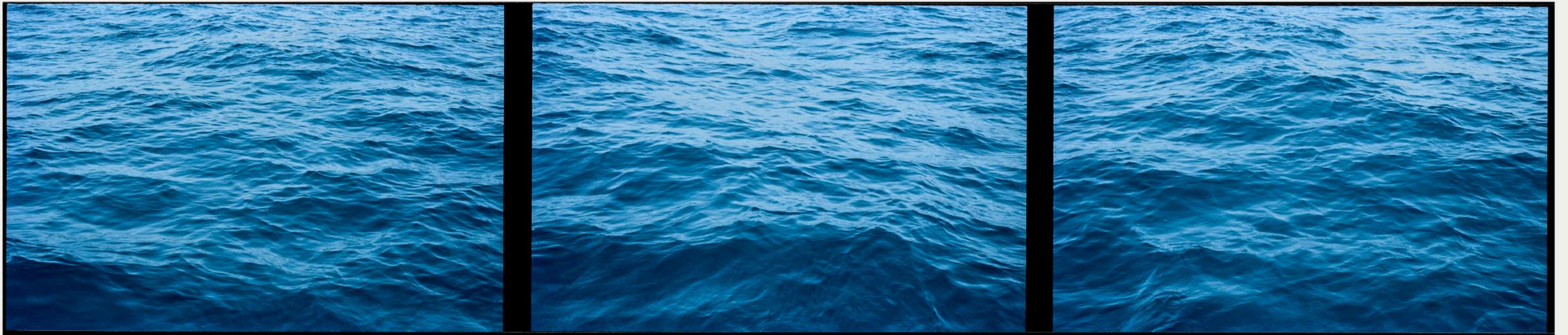










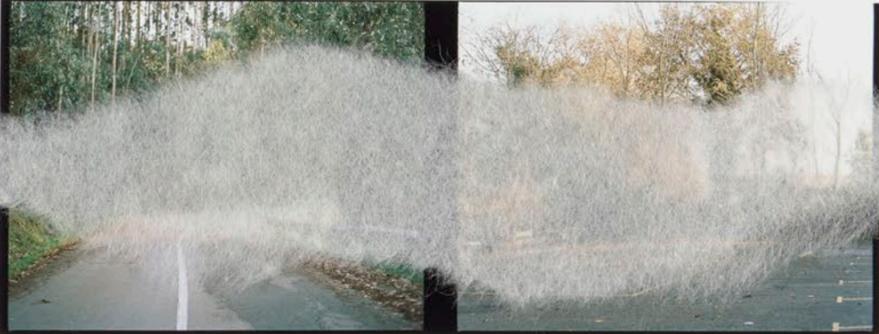








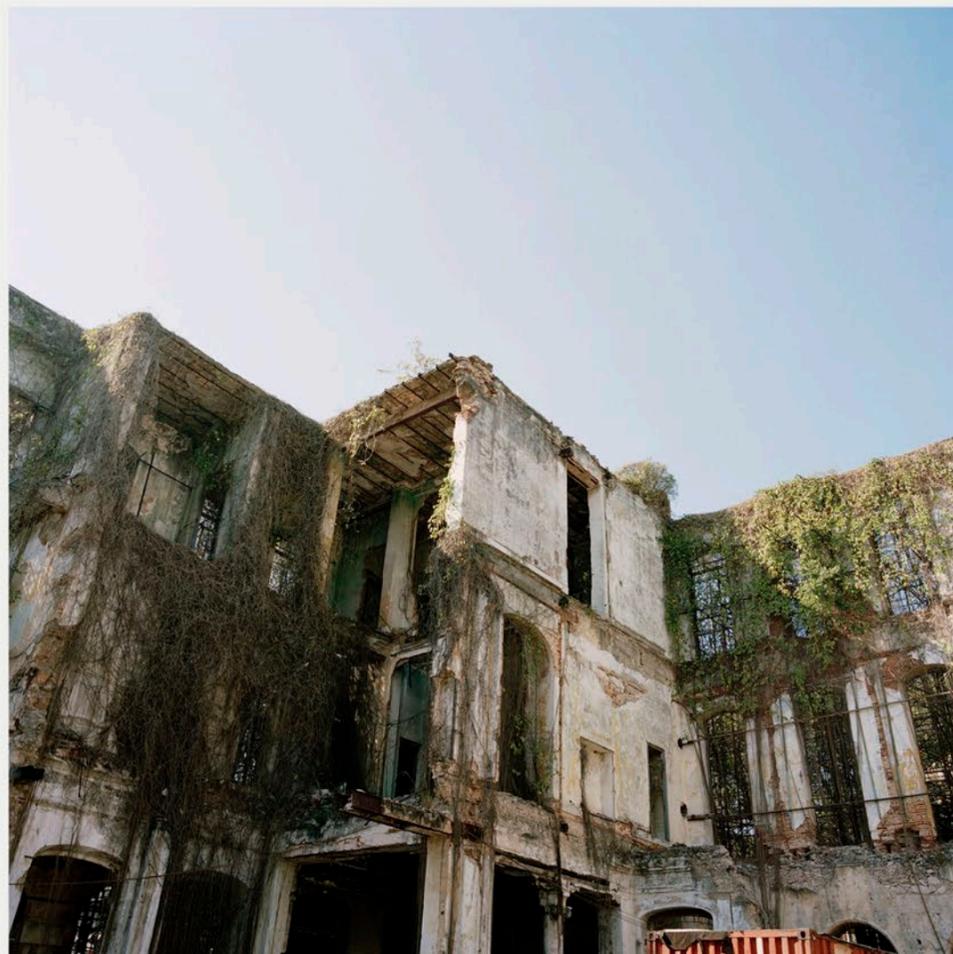




























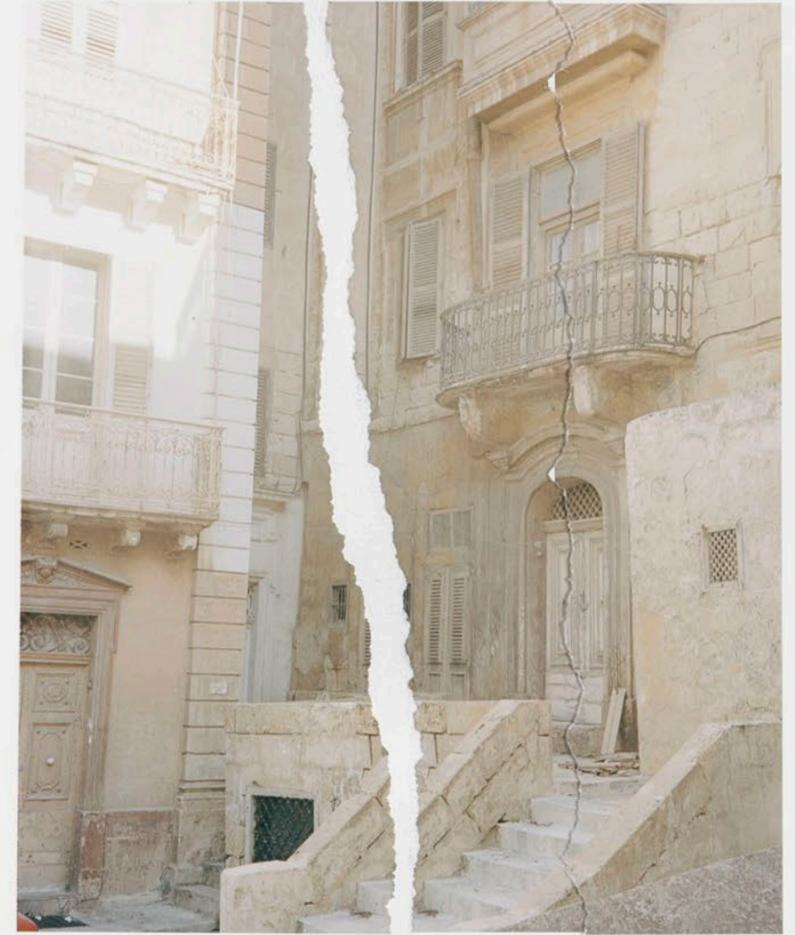


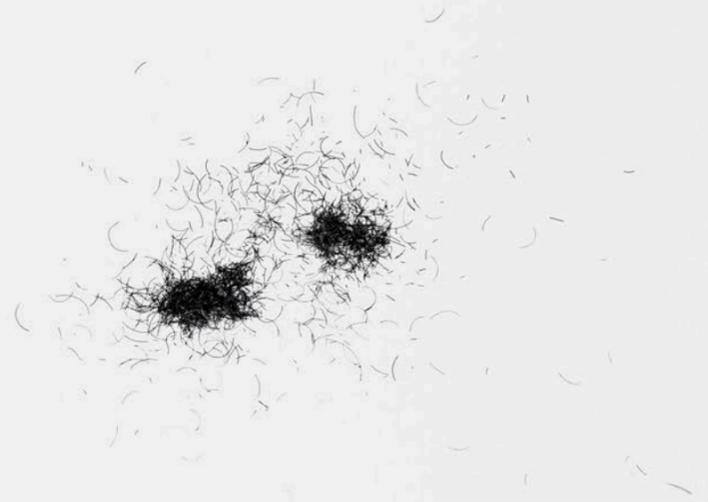




















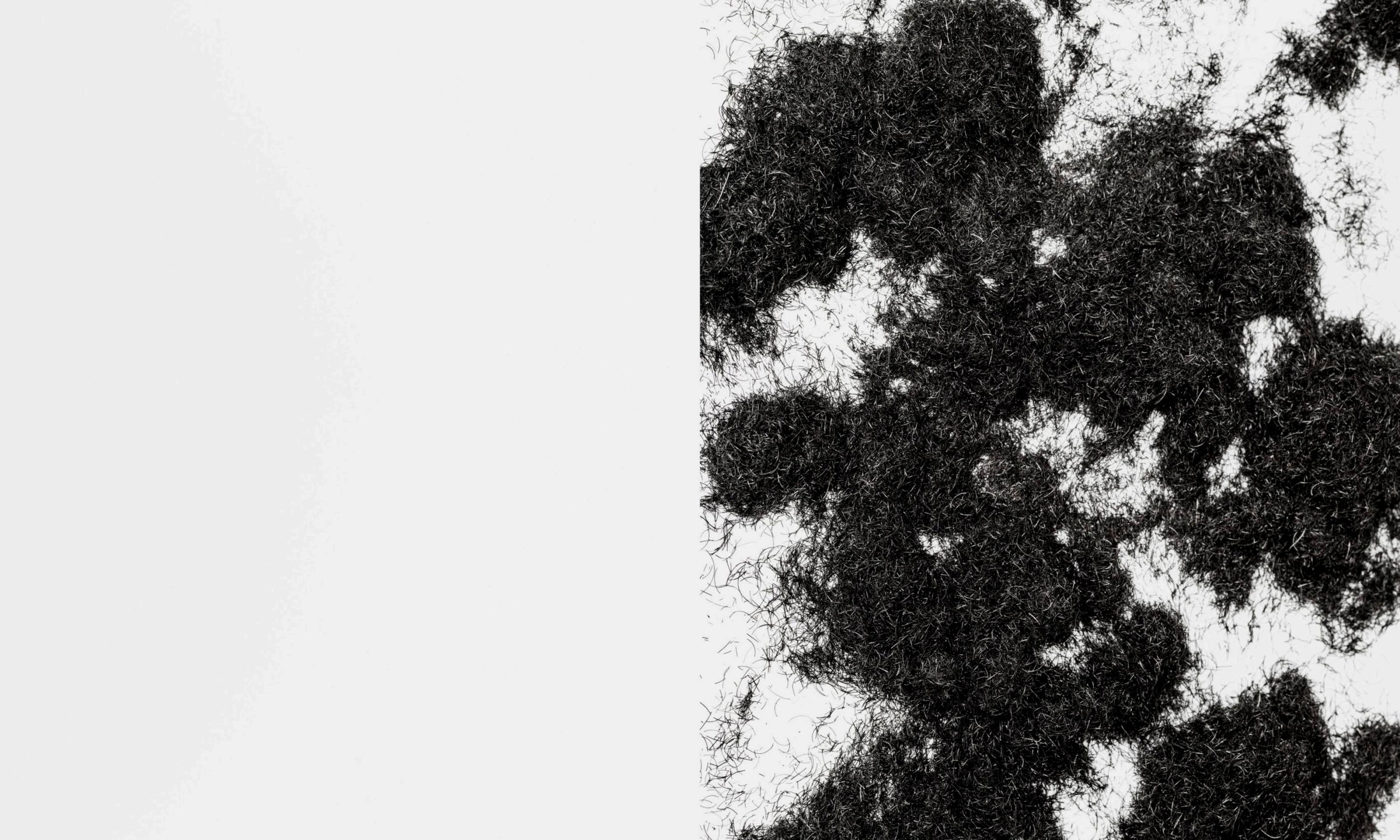














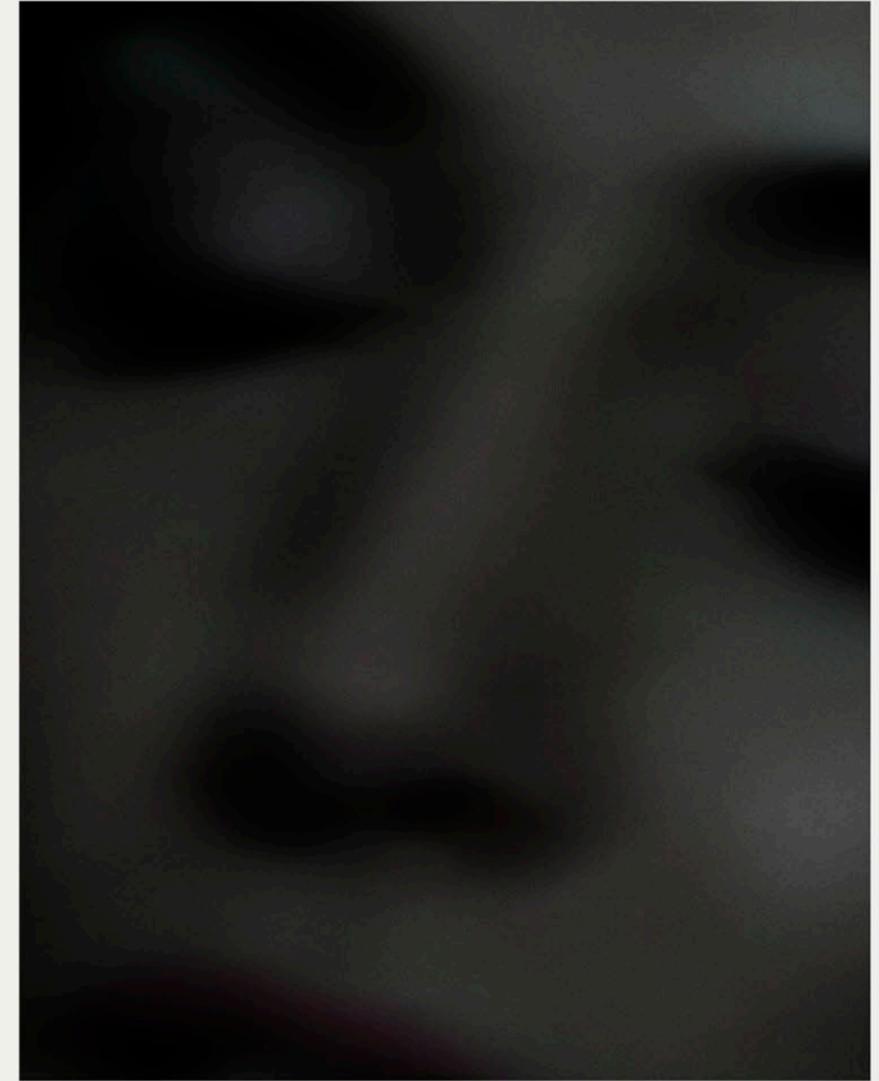
















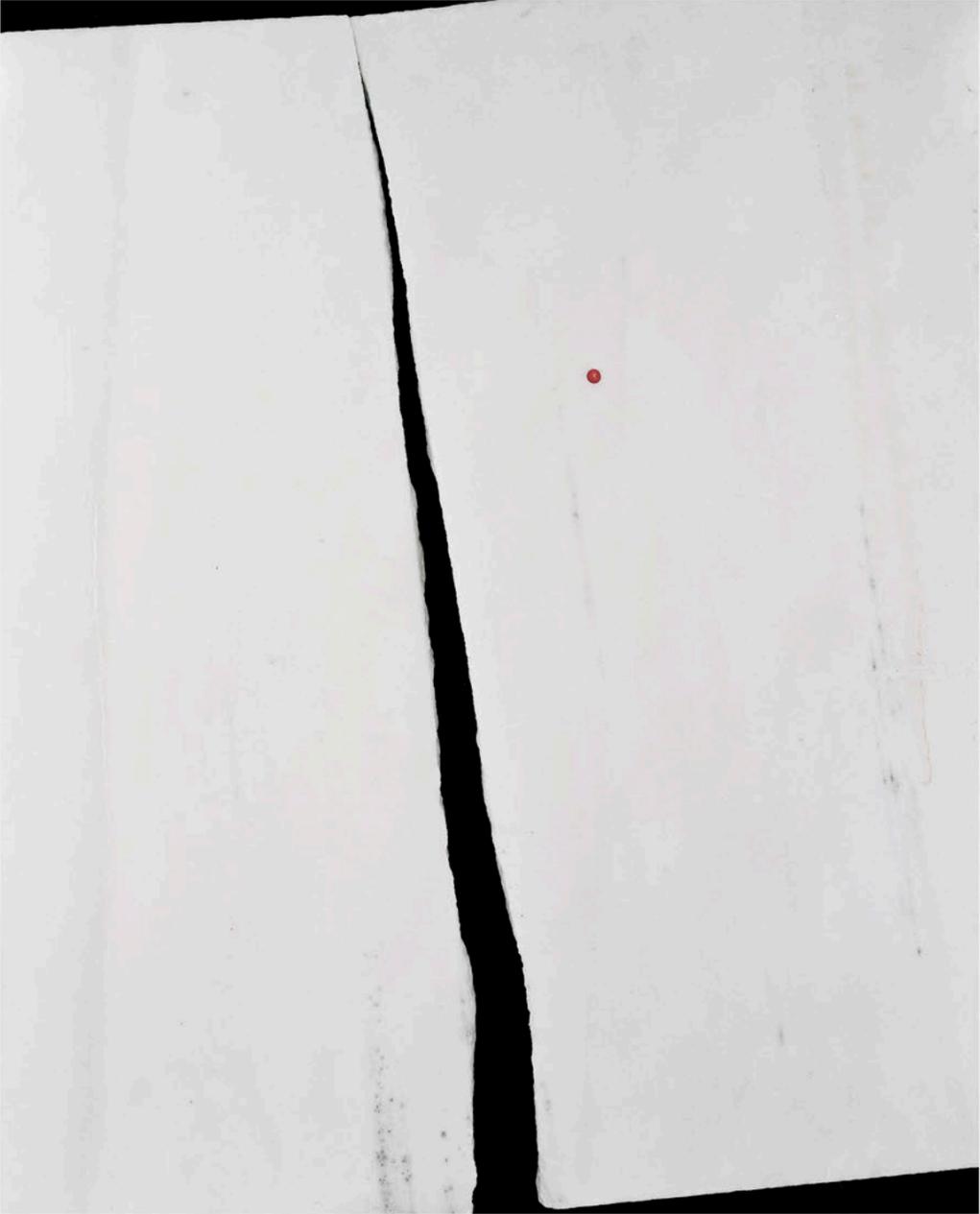


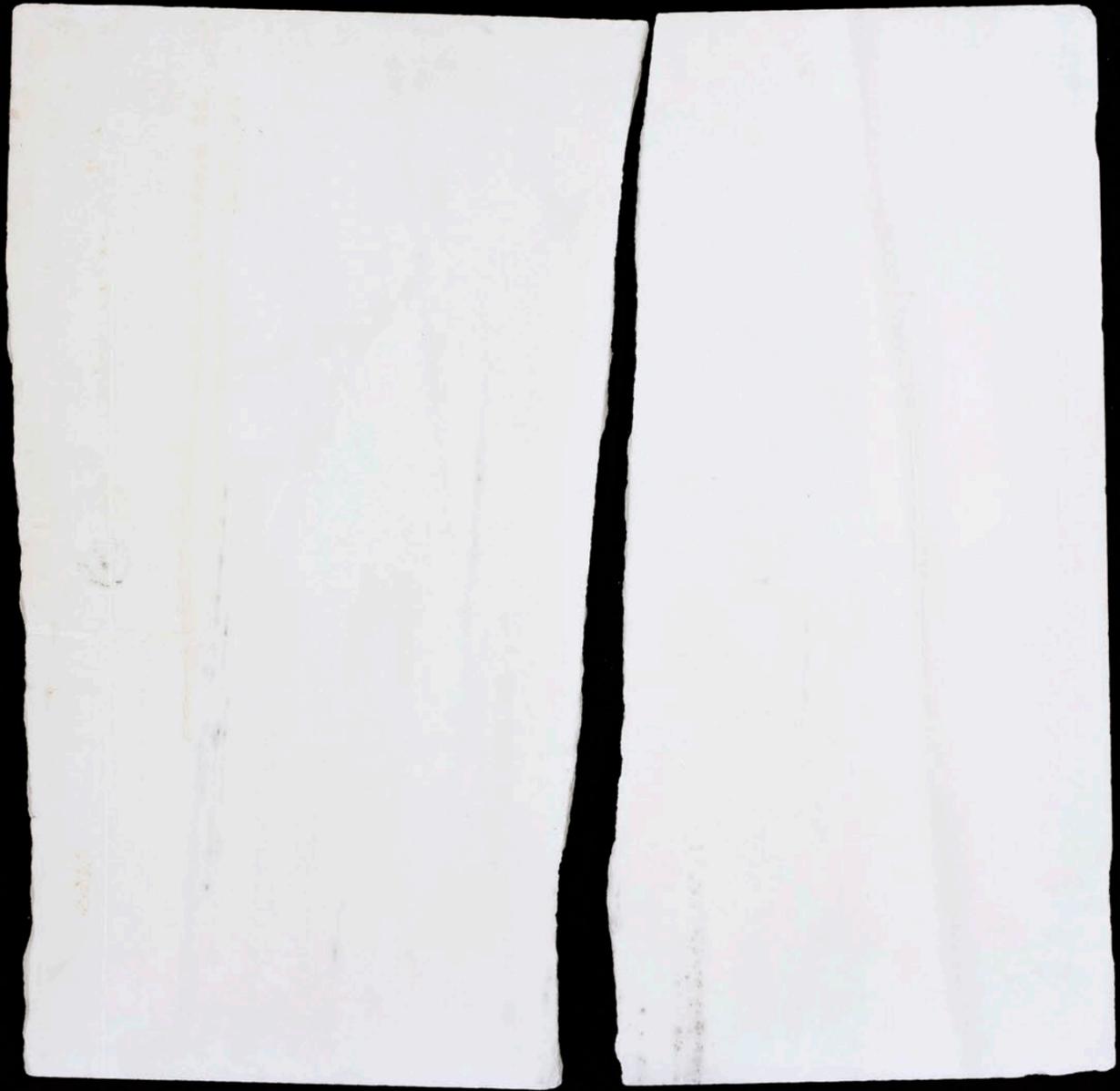


















*Publicado por*

Xxxxx Xxxxxx

Mayo 2018

*Fotografías*

Uxío da Vila

*Editor*

Xxxxxx

*Coordinación editorial*

Xxxxxxxx

*Diseño*

Laura Eguiluz

*Producido por*

Xxxxxx

*Gracias*

Xxxxxx,  
Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx,  
Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx,  
Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx, Xxxxxx.

ISBN: xxx-xx-xxxxx-x-x

DL: X-xxxx-xxxx

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente sin el permiso del editor.

